

MIL Y UNA HISTORIAS, MIL Y UNA AVENTURAS

El médico nos fue advirtiendo de todas sus etapas. La primera era leve, pero fuimos viendo cómo todos los síntomas iban ocurriendo, lentamente, pero lo hacían, había que repetirle las cosas dos veces, se perdía en sus propios pensamientos y estaba más decaído de lo normal. La siguiente vez que fuimos a ver al doctor, nos explicó la segunda etapa que con el paso del tiempo empezó a hacer presencia. Olvidaba cosas contadas recientemente, no sabía en qué época del año estábamos y a veces no nos reconocía. Ya habían pasado tres años desde que la enfermedad hizo acto de presencia, y ese mismo día volvimos al doctor quien nos explicó la tercera y última fase, papá iba a ir olvidándonos por completo uno a uno, olvidando todo lo que fue, todo lo que vivió. Ese día cogí a papá y a mamá de la residencia y me los llevé junto a nuestro viejo hogar. La gran casa en la que antes vivíamos, era antigua, y se notaba que hacía mucho que nadie se pasaba por allí. Aparcamos el coche a la entrada de la verja, y mamá abrió con las viejas llaves mientras que ayudaba a papá a bajar del coche. En ese entonces todavía nos recordaba, todavía recordaba a sus hijos. La gran puerta de acero chirrió al abrirse, vi cómo mi madre se emocionaba al recordar todos los momentos vividos, y a mí se me puso la piel de gallina al recordarlos también.

Mi hermano y yo corríamos por el jardín, pero él tropezó y cayó al suelo poniéndose a llorar, mamá se levantó junto a papá y se acercó a nosotros para ver qué nos había pasado, yo le expliqué y mamá se lo llevó en brazos dentro de la casa para curarle los rasponazos, mi padre se quedó conmigo esperando, y sentándose en el suelo y yo en sus rodillas me contó una historia de dragones, príncipes y princesas que nunca se olvidarían entre ellos, ¿irónico, verdad?

Volví a la realidad y miré a mi padre quien tenía la vista perdida en los grandes jardines.

-Papá, ¿entramos? – él asintió a modo de respuesta y echó a andar agarrando más fuerte mi brazo.

Subimos lentamente las escaleras anteriores a la puerta de entrada y mi madre abrió la puerta, con sus manos temblando. Entramos a la gran casa y miles de sensaciones me invadieron por dentro. Alegría, emoción, tristeza, añoranza... Estaba tal y como la recordaba solo que un poco más sucia. Más imágenes de mi niñez inundan mi cabeza, pero la voz de mi padre nos interrumpe.

-Tenía veinte años, creo, cuando entramos por primera vez a la que sería nuestra nueva casa, una casa en la que formar una nueva familia – tiró de mi brazo y del de mi madre para seguir andando a través de las habitaciones – Tu madre y yo mantuvimos la primera discusión de pareja aquí, y en la cocina fue la primera reconciliación – dijo riendo mientras que nosotras no éramos capaces de articular palabra alguna, él era el que nos estaba dirigiendo por toda la casa, contándonos las anécdotas que recordaba de cada habitación, hasta llegar a su despacho, allí fue donde su mano, y diría que todo su cuerpo, tembló. Ese era el lugar en el que pasaba horas – Hogar - murmuró mientras una lágrima caía por su mejilla – Aquí tu madre me dio la noticia de tu nacimiento, nuestra primera hija, también aquí nos avisó a ambos del de tu hermano menor. Justo cuando el cuento que te estaba contando acabó, mamá nos dio la noticia - entonces éramos nosotras las que temblamos de la emoción, al recordar el momento.

-Yo lloré y me escapé – dije riendo.

-Luego seguimos con esta historia, en otra parte – dijo mirándome con una cálida sonrisa.

Y así lo hicimos recordando más y más historias, algunas que ni conocía, otras que viví en primera persona.

-Aquí es... - suspiró mi padre – Donde te enseñé lo que supondría tener un hermano al que cuidar y enseñar todas las cosas buenas de la vida, como yo lo hice contigo, donde te enseñé a bailar después de que te hubieras calmado ante la noticia de tu nuevo hermano, donde te conté mil y una historias, mil y una aventuras que viví a lo largo de mi vida – abracé a mi padre y me devolvió el abrazo.

-Papá, aquí me enseñaste a vivir, a querer, a bailar, a reír, a llorar... Papá, me enseñaste todo lo que necesitaba saber.

-Es mentira, te enseñé lo que yo sabía, y tú tienes que enseñar lo que tú sabes, que es mucho más que lo mío. Y puede que mi memoria se esfume como el agua cuando se evapora, pero aquí – dijo señalando su corazón – No se olvida ni nada, ni nadie.

Mi madre se unió a nuestro abrazo, que acabó en llantos por saber que papá aún recordaba muchas cosas de su pasado.

Aquel día nos fuimos de la casa felices, cerrando de nuevo la puerta de entrada y luego tirando de la verja que volvía a chirriar quejándose de no haber sido abierta en tanto tiempo. Los tres nos montamos en el coche y volvimos a la residencia de mis padres.

Cuatro años después de la visita a nuestro viejo hogar, papá no reconocía nada ni nadie. Pero tanto mamá, como yo misma, sabíamos, como él muy bien nos dijo, que en su corazón seguía recordando todo. Y nos lo demostraba cuando volvíamos a nuestro viejo hogar, porque aunque no sabía donde estábamos cuando íbamos allí, su sonrisa volvía con cada visita, y con la suya, la nuestra.

Dos años después su corazón dejó de latir, mi hermano, mamá y yo aquel día volvimos a casa, y recordamos todas las cosas buenas de papá, su vida, sus mil y una historias, sus mil y una aventuras.